

ELENA BARGUES



*Hilvanes*  
**Y CONTRABANDO**



1876. Santander. Mariela y su hermano Ernesto abandonan Cuba y recorren el mundo. Pero, cuando se instalan en casa de sus tíos en Santander, a Mariela le disgusta la inclinación por los naipes de su hermano y decide independizarse y emprender un negocio por su cuenta: un atelier de alta costura.

Pablo Torres, primogénito y heredero de una naviera santanderina, será contratado por el gobierno español como agente, bajo el seudónimo de Pedro Saro, tras el asesinato de un capitán en los muelles ingleses y la compra y desaparición de las armas empleadas en las guerras carlistas. Sus sospechas pronto recaen sobre los dos hermanos quienes, a causa de la vida disipada de Ernesto y del taller de Mariela, se han convertido en el epicentro de las intrigas de los contrabandistas.

Mariela y Pedro no tienen nada en común, pero se verán obligados a unir sus esfuerzos si desean defender aquello que aman.

Elena BARGUES nos sumerge nuevamente en una historia bien hilvanada, llena de malentendidos, recelos, asesinatos, corrupción y robos. Una aventura trepidante por las calles y muelles de un Santander que se perdió en el incendio de 1941.

## Índice de contenido

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

## Sobre la autora

## Prólogo

### ***Portsmouth, abril de 1876.***

Era noche cerrada y, en los muelles de Portsmouth, la humedad marina se dejaba sentir. Pablo levantó las solapas del pardo chaquetón de marino y se caló la gorra hasta las orejas, tanto para paliar el frío como para ocultar los rasgos de la cara. Apoyado en unos fardos que aguardaban el embarque, observaba el movimiento de un paquebote de vapor que se haría a la mar con la aurora. El chacoloteo de los caballos de tiro de un carruaje lo pusieron sobre aviso de la llegada de alguien importante, seguramente el cabecilla que se enriquecía con el contrabando. Quiso la mala suerte que uno de los marinos del paquebote llegara al mismo tiempo, justo el que podía identificarlo porque unos días antes lo había emborrachado para sonsacarle la información sobre la carga y la ruta. Había sido un necio por no disfrazarse para la ocasión. Lo único que llegó a vislumbrar del personaje del coche fue una mano blanca y recia que se apoyaba en la portezuela y, en uno de sus dedos, un curioso anillo que representaba a una serpiente enroscada. Se dio la media vuelta y apresuró el paso para alejarse del lugar; sin embargo, no estuvo lo suficientemente hábil, pues el oficial de la nao lo reconoció y dio la voz de alarma.

Echó a correr esquivando bultos, cestos, barriles y demás bastimentos acumulados sobre el muelle, pero los marinos eran más rápidos que él. El pensamiento de tirar-

se al agua lo desechó ante la visión de estercolero que ofrecía el muelle a plena luz del día. La solución se la ofreció un bergantín que dormitaba amarrado a un noray de hierro. Miró hacia atrás y apretó la carrera para sacar un poco de ventaja que le permitiera la maniobra que había esbozado en la mente. Cogió un bulto a su paso y se tiró sobre el cabo de amarre de la nave al tiempo que dejaba caer el fardo, que sonó con el chasquido característico de un cuerpo al chocar con el agua y, aguantando su propio peso con las manos, se aproximó al muelle de madera y se introdujo entre los pilares mohosos y verdinegros. La viscosidad del tacto y el hedor que despedía el agua estancada bajo los pies casi lo obligaron a vomitar. Los puertos no eran el lugar idóneo para darse un chapuzón. Desde los barcos se arrojaba todo tipo de basura y de heces acumuladas en los fondos, se meaba y defecaba; y desde tierra se tiraba la comida en mal estado. Aquello flotaba y fermentaba con los rayos de sol, regalando un perfume nauseabundo a los trabajadores de los muelles.

A pesar del grosor de los troncos, oyó los pasos de los marineros a la carrera.

Se detuvieron en el lugar donde tiró el fardo y lo iluminaron con el farol que llevaban.

Aguantó la respiración cuando comprobó que el haz de luz se desplazaba sobre la negra superficie del mar. Las risas y los comentarios soeces se aproximaron hacia el bergantín junto al que se hallaba escondido, despertaron al que se encontraba de guardia y mantuvieron una breve charla de la que no obtuvieron información sobre su paradero. Escuchó imprecaciones y llamadas hasta que los hombres se retiraron. No obstante, por fortuna, aguardó un rato más: la brasa de un cigarro delató a la persona que habían dejado inspeccionando el lugar.

A Pablo le castañeaban los dientes a causa de la humedad que se filtraba por la ropa y le llegaba al hueso. Sintió que algo correteaba por los pies y lanzó una patada con el

buen tino de que una rata salió despedida al agua. La endiablada se sumergió casi sin ruido, acostumbrada al mar. Un silbido rasgó el silencio nocturno y el vigilante se movió de regreso al paquebote. En cuanto largaron amarras, se aventuró a salir del escondite. Se aferró al cabo del bergantín y por él trepó al muelle. Aterido de frío y con el fétido olor metido en la nariz, se encaminó a su alojamiento.

Abrió la puerta de la habitación de la fonda en la que se hospedaba, y el instinto, atrofiado por la humedad, le dijo que no estaba solo. El resoplar sonoro y rítmico de un hombre dormido sobre su cama le arrancó una sonrisa. La presencia de Roque significaba que regresaba a casa y nada le complacía tanto en ese instante.

# 1

## ***Santander, abril de 1876.***

El patache de dos palos navegaba marinero. Con las velas henchidas y el viento de popa, el tajamar rasgaba las aguas que levantaban espuma blanca. Atrás quedaban la isla de Wight y el puerto de Portsmouth.

Prestó atención de nuevo a las jarcias y a las velas. El viento era del nordeste por lo que soplabá con cierta fuerza y despejaba el cielo de nubes. El patache, aunque viejo, mantenía orgulloso el rumbo y se deslizaba, agradecido, a buena velocidad. A Pablo Torres le apasionaba el mar y era un romántico de los veleros. Comprendía la utilidad de los nuevos vapores, más grandes y con mayor capacidad, por no mencionar la independencia al no someterse al capricho de los vientos. El vapor había supuesto un cambio en las costumbres marineras, la muerte de algunos puertos que carecían de calado para semejantes monstruos de hierro y la riqueza para otros.

Su amigo, Roque Alvear, a quien encontró dormido en su habitación en Portsmouth, capitaneaba la belleza de madera y lona que pertenecía a la naviera de los Torres, para quienes trabajaba. Se habían iniciado juntos en los asuntos de la mar. Después del colegio, se matricularon en la Escuela de Náutica y Dibujo y, si su hermano Manuel, que era el primogénito y el heredero, no hubiera fallecido de tuberculosis, sería capitán de uno de los vapores de la compañía familiar. Por el contrario, había pasado un año

de formación en Inglaterra porque su padre conocía al consignatario de la naviera *Pacific*, don Carlos Saint Martin, que había abierto las oficinas en el Muelle Nuevo, cerca de las de su familia, y había arreglado satisfactoriamente que concluyese los estudios en tan prestigiosa empresa en Portsmouth.

Descuidado del velamen por un buen rato, Pablo se agarró a un obenque con una mano y con el brazo libre se apoyó sobre el pasamanos de la aleta de estribor.

—¿Qué tal la vida en la Pérfida Albión? —preguntó Roque, acodándose a su lado.

—Aburrida. Si no llega a ser por mi doble vida, me habría vuelto loco.

Cuando terminaba mi horario en la *Pacific*, me daba una vuelta por los muelles, vestido con la chaqueta de paño pardo y unos pantalones holgados de marino, para no llamar la atención. Me he relacionado con capitanes y oficiales de los barcos que fondeaban, que son los que conocen las rutas, los puertos y qué mercancías se cotizan más. Son pozos sin fondo de sabiduría marinera y comercial.

—El gobernador civil ha alquilado el barco y la tripulación para ir a buscarte, pero tu familia no sabe nada. ¿Qué sucede? ¿Es grave?

—El cabecilla es español.

Recorrió con la vista la cubierta en la que haraganeaban los marineros. El Chepa, pendiente del timón, mordisqueaba una manzana distraídamente a la vez que mantenía el rumbo. El Niño y el Bolo charlaban sentados sobre un cabo adujado en la amura de babor y las palabras se las llevaba el viento. A todos los conocía de los muelles santanderinos, hijos de pescadores, raqueros de muelle y playa, gente de la mar, de piel gruesa y curtida, ademanes rudos y leales, serios e inclinados a la chanza, de corazones entregados a la sal en la que se bañaban, dispuestos a emborracharse y a usar los puños por cualquier injuria.

Completaban los escasos ingresos que obtenían de la venta de la pesca con servicios a la naviera de su familia: acercaban pasaje y correo de los vapores al muelle o llevaban avisos.

El Chepa era el mayor, aparentaba cuarenta, pero Pablo recordaba la edad que aparecía en los ficheros de la Compañía, treinta y cuatro. Cargado de hombros, de ahí el apodo, era ancho de espaldas y nervudo, de brazos desarrollados y manos grandes en comparación con las piernas, era un hombre hecho al remo, aunque a Pablo y a sus amigos les constaba que el hombretón era cabal y escondía un gran corazón. El Niño y el Bolo lo acompañaban en la barca cuando salían a pescar. Eran muy jóvenes y revoltosos y el Chepa se propuso encauzarlos sacándolos de la calle, los cobijó bajo su techo y los metió en el mar, a bregar como hombres y a aprender el oficio. El cómo había librado a los chicos de los sorteos para engrosar el ejército de Cuba o las líneas alfonsinas frente a los carlistas era un secreto celosamente guardado, así como su relación con la dueña de una tasca, la Trini. Él nunca aireaba las intimidades.

—Ellos no hablarán. Te respetan más a ti que a tu padre —susurró Roque con una mueca que semejaba una sonrisa.

—Creo que es el que causó la muerte del capitán Matías Pérez.

El capitán Pérez era un hombre cercano a la cincuenta, corpulento y tallado por el mar, al que había dedicado la vida, incluso a costa de renunciar a formar una familia. La suplió con los marineros bajo su mando y con ellos, dos chicos inquietos y metidos en líos. Pablo lo recordaba como un hombre serio, sobrio y responsable, a pesar de la apariencia corsaria: aro en la oreja, pelo largo recogido en una coleta y una par de cicatrices, recuerdos de trifulcas juveniles.

Las arrugas y la piel curtida daban testimonio de los años vividos.

Una noche, en el muelle de Portsmouth, hacía más de un año, a Matías le sorprendió la muerte. La única fortuna de tan ignominioso suceso fue que a los asesinos no les dio tiempo a deshacerse del cuerpo y lo encontró la propia tripulación de regreso al barco. Pudieron darle tierra en su villa natal y las pertenencias terminaron en las oficinas de la naviera. Gracias a eso, Roque y él se enteraron de que no había sido un hecho aleatorio, sino un asesinato planeado.

La edad lo iba haciendo olvidadizo y Matías Pérez acostumbraba a apuntar lo importante en una libreta. Una serie de notas hacían referencia a un capitán amigo que le había propuesto un suculento negocio: el contrabando. Debía limitarse a mirar para otro lado y no verificar la carga. Roque y él iniciaron un discreto interrogatorio, entre vinos y risas, a la tripulación y lo único que lograron averiguar fue que, en los últimos meses, se había vuelto muy quisquilloso con el control de la carga, la cual repasaba constantemente, y había reforzado las guardias. Los oficiales a su cargo desvelaron que había cambiado y era más desconfiado y reservado y había perdido la alegría que lo caracterizaba.

Roque, por su parte, indagó entre la gente del oficio y siempre topaba con la misma palabra: contrabando. Fue entonces cuando Pablo tomó la decisión de liberar a los capitanes de la compañía familiar de la presión de los contrabandistas y se presentó con una denuncia en la boca ante el gobernador civil, quien le propuso trabajar para el gobierno para resolver el caso.

—Lo que no entiendo es por qué te has ofrecido para ejercer de espía. Es peligroso —amonestó Roque.

—Solo yo, como conocedor del entramado de las navieras, tengo alguna posibilidad de desmontar una red tan compleja.

Entre la enfermedad de Manuel y las discusiones con su padre por las algaradas a pedradas, las escapadas nocturnas para irse de pesca con el Chepa y un sinfín de locuras más, la vida de Pablo no había sido un lecho de algodón.

No obstante su mal comportamiento, mostró una lucidez para los estudios fuera de lo común y a los veinte años hablaba inglés y francés como un nativo y dominaba los entresijos de la navegación y el cálculo.

—Además, la formación paralela y clandestina que he recibido por parte del Estado ha sido divertida. Me facilitaron la dirección de una vieja actriz de teatro que me enseñó a maquillarme para ocultar los rasgos más peculiares y a pegarme con goma tanto un bigote y unas cejas como una barba falsa.

—¡No fastidies! —rio Roque.

—De ahí que, contraviniendo la moda, me mantenga perfectamente rasurado, de esta forma no me relacionan con el personaje.

Se había percatado de que, según el disfraz que escogiera, podía pasar desapercibido o llamar la atención. Para presentarse en Santander se decantó por el pelo y la barba pelirroja porque lo alejaba completamente de su personalidad como Pablo Torres. La gente repararía en el llamativo color y olvidaría fijarse en más.

—No has oído lo mejor —continuó—. Para moverme por los bajos fondos, un prestidigitador me ha desvelado las posibilidades que brinda una baraja. Me ha entrenado en los trucos con naipes y en las trampas más usuales de los fulleros de los puertos. Y en un gimnasio inglés me instruyeron en la lucha cuerpo a cuerpo; incluso el cónsul español puso a mi disposición un militar de su séquito que me ha adiestrado en el manejo de la navaja, de la pistola y del fusil. Han sido meses duros, ya que suponía trabajo extra fuera de las horas de despacho en la naviera, pero estas